

del Señor. Veis, pues, que la confesión no es una institución de clérigos y frailes, de hombres fanáticos y poco ilustrados, sino una institución divina. Vencedor Jesucristo de la muerte, se aparece á sus Apóstoles y les dice: «recibid el Espíritu Santo: á los que perdonaréis los pecados, les serán perdonados; y á los que retuviereis los pecados, les serán retenidos.» ¿Queréis palabras más claras, más terminantes?

—Sí, bien, murmuró Matías, pero yo he leído que, divina ó no divina, después fué abolida por el patriarca Nectario.

—Efectivamente; no se puede negar que habéis leído mucho, pero las ideas que con las lecturas habéis adquirido tienen necesidad de ser rectificadas. La confesión que abolió el patriarca Nectario fué la que se hacía publicamente, la cual no es de derecho divino, pero no la instituída por Jesucristo.

—Así y todo, repuso el incrédulo Matías, yo no quiero sujetarme á una ley que me expone al peligro de que se vean descubiertos mis defectos.

—Vuestro temor es infundado y no me citaréis el ejemplo de un sacerdote que haya descubierto el secreto de la confesión, antes al contrario, no pocos han preferido la muerte á la ignominia de faltar á un deber tan sagrado. Que lo diga sino, entre otros muchos, un S. Juan Nepomuceno; y nosotros conocemos á uno que fué víctima de inauditos atropellos, porque no quiso revelar la confesión de un infeliz sentenciado á muerte. Ha habido sacerdotes que han apostatado de la fe, que han renegado de todas sus creencias, que han hecho gala y ostentación de su incontinencia y llevado su infamia hasta el punto de casarse, y, sin embargo, no se ha visto uno solo que haya revelado lo que había oído en confesión. Dios vela sobre esto de un modo particular. Hasta los enemigos del catolicismo y de la confesión han hecho su apología.

—Esto es imposible, vociferó nuestro contrincante.

—Qué imposible? Escuchad.

Y aquí, amigos lectores, soltamos la pluma dejando para otro día, si no salen inconvenientes que lo impidan, lo mucho y bueno que falta para acabar de poneros al corriente de la conversación habida entre un creyente y un hombre de poca fe.